

LA HAMACA DEL JARDIN

Ya que su frente serena
La blanca luna ha mostrado,
Ven á dormirte á mi lado
En la hamaca del jardin.
Aquí al compás de las auras,
Que van meciendo las flores
Se sueñan dulces amores,
Mi adorado serafín.

Es grato entre la arboleda
Que besan los arroyuelos,
Mirar tus dulces ojuelos
Bañados de compasion;
Y al mecido de la hamaca
Ver flotando tus cabellos,
Y estampar en todos ellos
El beso de la pasion.

La buena tarde se ha abierto
Cayendo el sol á Occidente:
¡ Hermosa! tu alma inocente
Abre así á mi puro amor;
Y entonces verás cuan grato
Bajo la espesa enramada
Es gozar, enamorada,
Del perfume de la flor.

¡ Ven! no tardes; nuestra frente
Acaricia el manso viento
Y este blando movimiento
Dulce sueño presta al fin.
Y al olor del chirimoyo,
Bajo el plátano acogida,
Quiero verte adormecida
En la hamaca del jardin.

LUÍS BENJAMIN CISNEROS

Nació en Lima el 21 de julio de 1837.

En 1852, vieron la luz pública sus primeros ensayos literarios.

Cisneros no solo se ha dedicado al cultivo de la poesía lírica, sino que ha contribuido en mucho al lustre de la poesía dramática de su patria.

Consagrado á la carrera diplomática, llegó á ser jefe de seccion del Ministerio de Relaciones Exteriores; de donde salió en 1860, para ocupar el consulado del Perú en el Havre.

Además del drama *Alfredo el Sevillano* y la alegoría *El Pabellon peruano*, ha dado á luz dos novelas, *Julia, ó Escenas de la vida de Lima*, y *Edgardo, historia de un jóven de mi generacion*, que han correspondido al buen nombre y reputacion de su autor, y un libro estadístico, *Ensayo sobre las cuestiones económicas del Perú*.

A LENALAH

Si alguna vez en el campo
Fuiste, niña encantadora,
Á ver de la azul aurora,
El sereno despertar;
Viendo la tierra inundada
De luz, de vida, de aromas,
No te sentiste tentada
De arrodillarte y orar?

Cuando en lecho de jacintos
Se alza el alba y las montañas,
Campos, torres y cabañas
Va inundando su esplendor;
Cuando aun brilla solitario
Del crepúsculo el lucero
Y suspira el valle entero
De paz, de dicha, de amor:

Cuando mas azul y puro
Vá haciéndose el horizonte,
Y la cúspide del monte,
Bañan rayos de zafir;
Cuando á la luz, que en el eter
Lentamente se derrama,
Se abre al fin un panorama
Que el ojo puede medir;

Cuando las aguas dormidas
De los lagos se estremecen
Al primer rayo, y parecen
Acariciarlo al pasar;
Cuando en las pintadas flores
Brilla y se mece el rocío,
Y cual ola de colores,
Se ven las aves cruzar;

Cuando la mirada absorta
En derredor se pasea
Y allá el monte, aquí la aldea
Reconociéndose vá;
Allí el triste cementerio
De un blanco cerco rodeado;
Aquí la cuesta, acá el prado;
La cruz del camino allá;

Cuando á la mansa corriente
De humilde y escaso rio
Que cubre un ruinoso puente
Grupos de mujeres van;
Y á la puerta de la choza
La oracion de mañana
Al niño enseña la anciana
Con tierno, cristiano afan.

Cuando del monte esparcidos
Se ven en la verde falda,
Anfiteatro de esmeralda,
Pintadas reses pacer;
Cuando el pescador del rio
Ata á un tronco su barquilla,
Y en las piedras de la orilla
Va sus redes á tender;

Cuando los rudos pastores
En sus carros por las calles
De la aldea y por los valles
Comienzan á atravesar,
Y los niños y mujeres
Van á alzar una plegaria
En la iglesia solitaria,
Pobre y triste del lugar;

En esa hora iluminada
Por pálido, azul destello,
Que fué lo que de mas bello
Halló tu alma virginal?
Cuál fué tu impresión mas viva
En ese cuadro sublime,
De homérica y primitiva,
Poesía pastoral?

No saliste nunca, niña,
Al dintel de una cabaña?
No subiste á una montaña
Ese cuadro á contemplar?
No sentiste tu alma virgen
De luz y aroma inundada?
No te sentiste tentada
De arrodillarte y orar?

EL TRIUNFO DEL DOS DE MAYO

— América ¡victoria!
Gritó ante el lecho de la noble virgen
El ángel de la gloria.

Y la jóven valiente que dormía
Cuarenta años hacia
Sueño cruel de sangre y desengaños.
Llevó la mano á su agitado seno
Y la cabeza virginal alzando
Al ángel bello con mirar sereno
Se quedó contemplando.

— América ¡victoria!
Grita de nuevo el ángel de la gloria

Y ébrio de gozo y de emociones santas
Á par que mil coronas de laureles
Arroja una bandera ante sus plantas.

Levántase la virgen; silenciosa
El presente del ángel
Extática contempla, y cariñosa.....
Vé al fin que la bandera
De España es..... Entusiasmada y fiera.
La holla, la rasga, con placer la mira,
Y en lágrimas deshecha,
Hondo grito lanzando
De gozo y de venganza satisfecha.
¡El corazón de América respira!

DE MI ALBUM ÍNTIMO

Me preguntaste, madre, esta mañana,
Viendo inclinada al suelo mi cabeza,
Cuál es la pena oculta que me afana,
Causa fatal de mi fatal tristeza. —
¿Por qué en la flor de juventud temprana
Ese ceño de tedio y de aspereza? —
Ávida y cariñosa me decías,
Clavadas tus pupilas en las mias :

¿Por qué si jóven tu presente es bello,
Si nadie vé tu porvenir sombrío,
Se encuentra siempre de amargura un sello
Sobre tu frente pálida, hijo mio?
Si negro aun se ostenta tu cabello
Por qué ese aspecto reservado y frío,
Como el del viejo que tras largos años
Lleva la cruz de amargos desengaños?

— ¡Madre, piedad! Es una oculta pena;
Pero no me hables de su causa impía.....
Aquí, ignorada el corazón me llena
Y al oírte desborda, madre mía.
¡Cierto! No está mi juventud serena,
Tengo en el alma tempestad sombría
Cuya causa fatal ¡oh, no te asombres!
Es, madre, la injusticia de los hombres.

Soy jóven y ambicioso. La sed santa
De acciones generosas y de gloria
Dentro de mí la juventud levanta,
Y he soñado ¡ay! engrandecer la historia.
Sueño que á mi alma arrebatada encanta,
Es legar á la patria mi memoria,
Tener en ella un sosegado asilo
Y hacer el bien..... para morir tranquilo.

Sé que en el mundo el desvalido gime;
Que cada rey para su pueblo padre,
Se embriaga, goza y á su pueblo oprime;
Y el pan de Dios no es para todos, madre!
La ley que al pobre del dolor redime,
Que hace á todo hombre igual, aunque no cuadre
Á los que la odian con pavor profundo,
Por eso quiero que ilumine el mundo.

El noble jóven, el sincero amigo,
Que ama esa ley de la justicia santa,
Que la dá en su alma generoso abrigo
Y su palabra por do quier levanta,
Alma de niño y fraternal conmigo,
Alma en que el mundo y en que el cielo canta.
Fué calumniado de servil deshonra
Y alcé mi voz para lavar su honra.

Mi noble afán, con rudo menosprecio,
Riendo, vió la sociedad en poco;
¡Y el mundo, madre, me ha llamado nécio!
Y el mundo, madre, me ha llamado loco!
¡Loco! y yo sana tal acción aprecio,
¡Nécio! Y aquí de mi conciencia el foco
Me dice que hice bien..... ¡oh, madre mía!
¿El bien es mal sobre la tierra impía?

¡Fui fiel á la amistad, y me insultaron!
Defendí la virtud y me ofendieron;
Dije lo que sentía y me bñaron;
Hablé con humildad, y me escupieron.

Y nada de esto, madre contemplaron;
Con los malos después me confundieron.
Pero no guardo dentro el alma encono
Y como tú lo harías, yo perdono.

Por eso, como el viejo fatigado,
De pensar y vivir, doblo la frente
Y llevo el corazón despedazado,
Cáliz de hiel que desbordar se siente!
Los nobles sentimientos que han formado
Hasta hoy mi juventud, no mas aliente!...
Sin porvenir, sin esperanza alguna
Morirán, como un águila en su cuna.

CLEMENTE ALTHAUS

Nació en Lima el 4 de octubre de 1835.

A la edad de diez años, sus padres lo enviaron á Chile, en donde cursó en el Instituto Nacional los diversos ramos de humanidades.

En 1855, emprendió un viaje de instruccion por Europa, en donde se consagró al estudio de los clásicos antiguos y modernos, en los cuales buscó siempre sus modelos.

En 1862, publicó en Paris dos volúmenes de poesias, que fueron acogidos con frialdad por el público peruano.

Althaus publicó en 1872, una coleccion completa de sus poesias, entre las cuales hay muchas inéditas.

Á LA FELICIDAD

Yo vi que no era tu mansion mis lares,
Amada entre las diosas, y por tí,
Surqué extranjeros, procelosos mares
Y apartadas regiones recorrí.

Y cada orilla que tocó mi prora
Con labio ansioso preguntar me oyó :
¿Aquí, decidme, la ventura mora?
Y en todas partes respondieron : *no!*

*Id más allá : no mereció este suelo
Que su áurea planta se imprimiera en él :*
Y sin cesar su arrebatado vuelo
Signe de playa en playa mi bajel.

Y nunca abordo á la feliz ribera
Donde me digan : *La encontraste ya :*
Ántes hiere mi oído donde quiera
Ese eterno terrible *mas allá!*

Así del mundo infante en el misterio,
Anhelando tu asilo encantador,
Las islas de fortuna y el Hesperio
Jardin, buscaba el hombre soñador.

Mas, viendo que en las playas no resides
Del que surcó, Mediterráneo mar,
Mas allá de los términos de Alcides
Tus islas bellas se lanzó á buscar.

Y en el remoto piélago de Atlante
Intrépido, guiando su timon,
Iba siempre esperando mas distante
El fugitivo umbral de tu mansion.

Y en el vasto pacífico oceano,
Tras siglos largos, penetró tambien ;
Pero, sus playas recorriendo en vano,
No hallé en ninguna el suspirado Eden.

Mas siempre en lo ignorado todavía
Su fé cifraba y su ilusion tenaz,
Y mas léjos, mas léjos repetía,
Y nunca daba á su carrera paz.

Holló comarcas donde reina solo
De eterno estío el implacable ardor,
Y hasta los hielos últimos del polo
Lanzó el audaz bajel explorador.

Y hoy que el nativo globo descubierto
Por donde quiera el desdichado ve,
*¿Y á qué mar, se pregunta, y á qué puerto
Para encontrar á la Ventura irá?*

Mas, aunque nunca á poseerte alcanza
Y á todos vé su decepcion comun,
No se rinde y fallece su esperanza
Y persevera en su deseo aun.

Que otra playa le queda donde vaya
De tu hermosura misteriosa en pos,
Y es la del cielo, esa postrera playa
Adonde puso tu morada Dios.

Gozando allí lo que region alguna
Le dió al mundo, encontrará, por fin,
Las islas verdaderas de Fortuna,
De las Hesperias el real jardin.

A MAGDALENA

No porque la noche fria
 Tu africana faz vistiera
 Con el color que la blanca
 Altiya estirpe desprecia,
 Fué menor nunca el afecto
 Con que te amé, Magdalena
 (Que cual la tez no escondias
 El alma por dentro negra),
 Ni es menor mi pena ahora,
 Ó el llanto es ménos que riega
 Mi mejilla, y que me arranca
 De tu fin la triste nueva;
 Tu fin que un lustro á tu amante
 Hijo adelantó la ausencia,
 Sin que pudiera volverte
 Así en tus horas postremas
 Los amorosos cuidados
 Que te debí en mis primeras;
 Sin que tus amados restos
 Á la mansion sempiterna
 Acompañara ó en llanto
 Bañara tu humilde huesa.
 Tú tambien eres mi madre,
 Tú que mi niñez enferma
 Sustentaste un año entero
 Con la sangre de tus venas;
 Tú, que partiendo conmigo
 El amor de tu hija misma,
 Á ella y á mí nos amabas
 Con igualdad tan perfecta,
 Que tan solo declaraba
 Del color la diferencia
 Ser ella hija de tu sangre.
 Yo solo de tu terneza;
 Tú, que de la noble y santa
 Caridad, imágen eras,
 Cuando su blanco sustento
 Á un pecho yo, mientras ella
 Al otro pecho, exprimía
 Con boca asida y sedienta;
 Ó cuando del diestro brazo,
 Dándote amor fortaleza,
 Era yo peso querido,
 Y del otro tu hija lo era.

¡ Cuántas veces con mi llanto
 Te despertastes inquieta!
 ¡ Cuántas de mi cuna al lado
 Pasaste la noche entera,
 Sin dar al sueño un instante
 Tu fatigada cabeza;
 Ó tal vez entre tus brazos,
 Cuna mas blanda que aquella,
 Me arrullabas y mecías,

Y antiguas canciones tiernas
 Con baja voz me cantabas,
 Hasta que yo me adurmiera;
 Sin que jamás se agotase
 El caudal de tu paciencia.

Tan solícitos cuidados,
 Tal ternura, tantas penas,
 ¿ Con qué premio jamás pude
 En parte corresponderla?
 Ni ¿ qué valió que la dulce
 Libertad luego te diera,
 (Que aun afrentaba á mi patria
 De la esclavitud la mengua)
 Si, siendo libre cual todos
 Por ley de naturaleza,
 Te volví lo que era tuyo
 Dejando intacta mi deuda?
 Estimar tan solo pudo
 Excesiva recompensa,
 Lo que solo era justicia
 Tu gratitud lisonjera.

Ni, porque quisiste un tiempo
 Dejar la casa materna,
 De mi te olvidaste nunca,
 Ni me faltaron las muestras
 De tu amor; aun me parece
 Que con raudos pasos entras,
 Y que yo á tu encuentro vuelo,
 Y que á tu seno me estrechas
 Y me das mil dulces nombres
 Que hasta hoy en mi oído suenan;
 Y luego á mi ansiosa vista
 Aun me parece que enseñas,
 Ya gracioso juguete
 Que mis miradas alegre,
 Ya sabrosa golosina,
 De ménos dulzura llena
 Que las caricias y extremos
 Con que la das y presentas.
 ¡ Oh corazón generoso!
 Vez ninguna se me acuerda
 En que, de dones desnuda,
 Á tu Clemente á ver fuera,
 Que del óbolo postrero
 Se privara tu pobreza,
 Antes que el presente usado
 Faltara á tu larga diestra.

Perdona, oh madre, perdona,
 Si mi condicion soberbia,
 Por tu ternura engreida,
 Pudo en su cólera ciega

Olvidar tantos favores
 Con la ofensa mas pequeña;
 Perdona, si tal vez pudo
 La injuriosa fácil lengua
 Ser ocasion de tu llanto
 Y de tus humildes quejas.
 Sabe el cielo, sabe el cielo
 Con cuánto dolor me pesa;
 Él es testigo del hondo
 Desconsuelo que me aqueja,
 Al ver que negarme quiso
 De mis hados la crudeza
 El que postrado de hinojos
 Á tu humilde cabecera;
 Te pidiera arrepentido
 El perdon de mis ofensas,

Y de tus amantes labios
 Escucharle mereciera,
 De esos labios que no espero
 Que jamás á hablarme vuelvan.
 Mas, ya que consuelo tanto
 Me negó la suerte adversa,
 Blandos reciben tus manes
 De aqueste canto la ofrenda;
 Él por mi perdon te pida,
 Él por mi perdon merezca;
 ¡ La antigua deuda del hijo
 Pague siquiera el poeta!
 Y, si han de pasar mis cantos
 Á las gentes venideras,
 En ellos, oh mi nodriza,
 Tu humilde nombre se lea.

DEMÓCRITO Y HERÁCLITO

Preguntarme te plugo, amiga mia,
 Cuál es el que mi verso mas alaba:
 Demócrito que todo lo reía
 Ó Heráclito que todo lo lloraba.

Parecerá contestacion precisa
 En mi que sufro y me querello tanto,
 Y en quién mas que los lábios á la risa
 Se abren los ojos al raudal del llanto.

El que con labio siempre gemebundo
 Responda, dulce amiga, que prefiero
 El doloroso llanto del segundo
 Á la burlona risa del primero.

Mas la respuesta que me dicta ahora
 La razon, no mi génio tan doliente,
 Al par condena al que de todo llora
 Como aquel que se rie eternamente.

Que como el tiempo en sucesion eterna,
 Componen negra noche y blanco dia,
 Así en el mundo para el hombre alterna
 Tambien con la tristeza la alegría.

Quien siempre rie es porque siente poco,
 Quien siempre llora, demasiado siente;
 Si el risueño Demócrito era un loco,
 Era otro loco Heráclito doliente.

Y solo aprobará mi poesia
 Al que, siempre guardando el justo modo,
 Algunas veces llora y otras ria,
 Que hay lugar en la vida para todo.

Ni toda es farsa que á reir convida
 Nuestra vida, ni lúgubre tragedia;
 Si damos á la risa media vida,
 Damos tambien al llanto la otra media.

IMITADO DEL QUICHUA

No mas respuestas incierto;
 Y pues que tus padres crudos
 Se oponen á nuestros nudos,
 Huye conmigo al desierto.

¡ Eres hombre y del temor
 Te dejas así vencer!
 Yo no temo, y soy mujer,
 Que audacia me da el amor.

Á la hora en que el sol mas arde
 Yo tenderé mis cabellos,

Toldo formando con ellos
 Qué de sus rayos te guarde.

Cuando el cansancio prolijo
 Mover no te deje el pié,
 Yo en brazos te llevaré
 Cual madre amorosa al hijo.

Si sed te abrasa encendida,
 Yo lloraré tanto y tanto,
 Que pueda mi triste llanto
 Darte copiosa bebida;

Y sean los ojos míos
Dos inagotables fuentes
Donde tus labios ardientes
Beban del dolor los ríos.

CANTO DE AMOR

Como el Árabe sombrío
Que lleno de sed ardiente
Ansioso busca la fuente
Que satisfaga su sed,
Así en el triste desierto
De mi existencia sin calma,
Inquieta busca mi alma
El amor de una mujer.

Anoche, al verte tan bella,
Tan pálida, triste y pura,
Creí que con tu ternura
Podría ser yo feliz.
Al contemplarte, sentía
Una dulzura secreta,
Y al oírte, la armonía
De los ángeles oí.

Como distantes luceros
Lucían tus bellos ojos;
Y tus flotantes cabellos
Sobre tu seno al caer
Remedaban ondulantes
Los de mi madre adorada;
Vi en tu mirar su mirada
Y en ella la vida hallé.

Y si te empieza á acosar
Del hambre el fiero aguijón,
Mi arrancado corazón
Te ofreceré por manjar.

Al hablar, tu triste acento
A lo lejos resonaba,
Como esas voces que el viento
Murmura en la soledad;
Y tus pasos atraían
Cual la luna, la mirada,
Cuando camina encantada
Por la oscura inmensidad.

Mis secos ojos te vieron
Como á la estrella distante
Que divisa el caminante
En la densa lóbreguez;
Y luego sentí una calma
Llena de intenso consuelo,
Y después.... pensé en el cielo
Y de ventura lloré.

Tú eres la clara corriente
Que murmura en el camino,
Y que busca el peregrino
Para apaciguar su ardor.
Deja recline en tu seno
Mi frente ya calcinada:
Virgen de triste mirada,
¿No quieres darme tu amor?

A***

Si de cristal transparente
Fuera el hombre, y si se viera
Por esa viva vidriera
Cuánto quiere, piensa y siente,

¡Cuán crecida turba impía
De males varios, ahora
Del mundo reina y señora,
Entonces ser no podría!

No hubiera boca embustera,
Ni hubiera hipócrita cara,
Siendo fuerza que igualara
Lo de adentro á lo de afuera.

No fuera un nombre el deber,
Ni fuera el amor un nombre;

Ni fuera juguete el hombre
De la pérfida mujer.

Ni de su amante consorte
Se burlara la coqueta,
Ni diera entrada secreta
Al vil galán la consorte.

Ni, como suyo, á su seno,
Erradamente amoroso,
El triste, crédulo esposo
Estrechara al hijo ajeno.

Ni tantos amigos Judas
Prendieran de paz con beso.
Acabáranse con eso
Las sospechas y las dudas.

Fama y vulgar opinión
No fueran para ensalzar
Y deprimir á la par
Tan injustas como son.

De libertad no engañara
Con el hombre y el abuso
Al mísero pueblo iluso
Quien cadenas le prepara.

Ni del culpable la pena
Padeciera el inocente,
Que por delito aparente
El juez á muerte condena.

Y en fin,preciando el mortal
Tanto el parecer ajeno,
Fuerza le fuera ser bueno
Solo por parecer tal.

Y ¡cuántos también que son
Hoy de nuestra envidia objeto,

¡Al ver su dolor secreto,
Nos causarían compasión!

Entonces, mortal, supieras
Quién te odia y envidia, quién
Finje, quién bien te quiere,
Y quién te quiere de veras.

Entonces tu alma desnuda
Mirara yo, prenda mía,
Entonces se apuraria
Esta amarga mortal duda,

Con que tal vez desleal
Y engañosa te sospecho;
Pues mirando de tu pecho
Por el diáfano cristal,

Al punto supiera yo,
Con cuánta certeza sé
Que te adoro y guardo fe,
Si tú me quieres ó no.

A UN CONDOR ENJAULADO

Un tiempo allá en el suelo americano
Te aclamaba por rey la alada plebe,
Y de los Andes la mas alta nieve
Atrás dejabas en tu vuelo ufano:

El espacio sin fin del aire vano
Era tu imperio; mas en cárcel breve
Hoy en vano tus alas alza y mueve
Tu no perdido instinto soberano.

¡Cuánto, al mirarte, oh cóndor, me apiadas,
Preso y en suelo, como yo, extranjero!
Mas yo pronto á las playas adoradas

De mi dulce Perú volver espero;
Y tú, blanco curioso á las miradas,
Ausente morirás y prisionero.

A MI MADRE

Cuando empieza el mundo
A gozar quietud;
En aquellas horas
En que incierta luz
Viste mar y tierra
Aire y cielo azul,
Y no es ya de día
Ni de noche aun;
Yo, triste viajero
Que de Norte á Sur
Y de Oriente á Ocaso
Lleva su inquietud,
Como el que á andar siempre
Condenó Jesús,
Que solo me veo,
Solo con mi cruz
Entonces recuerdo
Mi patrio Perú;

Hermanos, parientes,
Leda juventud
Amiga, y aquellos
Que ya la segur
Hirió de la fiera
Contraria comun;
Pero mi mas tierna
Memoria eres tú,
Madre idolatrada,
De mis ojos luz;
Y soy de tu vida
Venturoso augur,
Y cantos te envía
Mi amante laud;
¡Llévate este quiera
Afable querub
Al limeño suelo
Desde el andaluz!

DIDO Á ENEAS

¡Y partes y me dejas, oh enemigo!
Y, por mas que á tus plantas en un lago
De lágrimas ardientes me deshago,
¡Ablandar tus entrañas no consigo!

¡Oh, de tanta merced inicuo pago!
Aquí náufrago y prófugo y mendigo
Llegaste, ingrato, y yo parti contigo
Mi lecho y el imperio de Cartago.

¡Ah! pues no basta á retenerte nada,
Permitan las deidades justicieras
Que al presentarse al fin á tu mirada

De esa tu ansiada Italia las riberas,
Súbita tempestad hunda tu armada,
Y, como yo, desesperado mueras.

BOLIVIA